

# En busca del cuento olvidado

Seudónimo: Capitán Nemo

## EN BUSCA DEL CUENTO OLVIDADO

—No puedo dormirme —dijo Guillermo en voz alta, y dio golpes en la cama hasta que su hermana mayor se despertó—. No puedo dormirme.

—Muchas gracias, ahora yo tampoco —protestó Julia—. Ya estaba casi dormida.

Julia cerró los ojos e intentó dormirse de nuevo, pero no lo consiguió. Además, su hermano daba vueltas en la litera de abajo y no paraba de murmurar.

—Deja de murmurar, así no vamos a dormirnos nunca —se quedó pensativa y luego dijo, asomando la cabeza por el borde de la litera—. ¿Sabes cómo podríamos dormirnos? Con el Cuento que Te Hace Dormir.

—¿Qué cuento es ese? —preguntó Guillermo, que nunca había oído hablar de un cuento así.

—Un cuento que me contó papá una vez que no podía dormirme. Es un cuento mágico que hace que te duermas.

Guillermo se puso muy contento, porque lo que más quería en el mundo era dormirse.

—Cuéntamelo, Julia, cuéntamelo.

Pero Julia no podía contárselo.

—No puedo contártelo, Guillermo, porque me quedé dormida.

—¿Por qué no llamamos a papá para que nos lo cuente?

—¿Estás loco? Teníamos que habernos dormido hace un año y diecisiete días —contestó Julia—. Si descubre que todavía no estamos dormidos se enfadará con nosotros. Tenemos que pensar en otra manera de dormirnos.

Y los dos se pusieron a frotarse las cabezas con los puños para pensar, hasta que les salió humo.

—¿Por qué no se le preguntamos al conejo de tu pijama? —se le ocurrió de pronto a Guillermo— Seguro que él estaba cuando papá te contó el cuento y a lo mejor se acuerda.

—Buena idea —dijo Julia—, se lo preguntaremos al conejo de mi pijama.

Pero el conejo que estaba dibujado en el pijama de Julia estaba dormido, así que hubo que despertarlo. Era un conejo rosa con una oreja caída que le tapaba el ojo izquierdo. Era casi un conejo pirata, pero no tenía pata de palo ni loro (el loro estaba en un pijama distinto).

—¿Tú te acuerdas del cuento que me contó una vez papá para que me durmiera?  
—preguntó Julia.

—Qué va —dijo el conejo en mitad de un bostezo—, yo tengo muy mala memoria. Tengo tan mala memoria que a veces no recuerdo que soy un conejo y creo que soy un helado de fresa, y si es verano lo paso fatal porque me derrito. Pero ahora que lo pienso —continuó el conejo mientras se tapaba los dos ojos con las orejas— me parece que el cuento estaba en el armario.

Y volvió a dormirse y a roncar suavemente. Julia y Guillermo se bajaron de las literas para ir a buscar el cuento al armario. Les daba un poco de miedo porque hacía dos años allí había vivido un monstruo que contaba siempre la misma historia, muy aburrida. Era insoportable. Por suerte el monstruo se había ido porque le había salido trabajo en otro armario de Londres, pero les daba miedo que hubiera vuelto a contar de nuevo la misma historia.

Abrieron la puerta del armario, pero sólo había ropa: ni monstruo ni cuento.

—Qué rabia, aquí no hay ningún cuento —dijo Julia.

—¿Has mirado detrás de ese jersey? —preguntó Guillermo, y apartó el jersey. Detrás del jersey no había ningún cuento, pero sí una pequeña puerta medio abierta—. Qué raro, no sabía que este armario tuviera una puerta. ¿A dónde llevará?

Los dos hermanos se miraron y abrieron del todo la puerta. Al otro lado había un prado verde enorme, un arbolito y, a su sombra, un hombre durmiendo. Un rebaño de ovejas pacía tranquilamente.

—Mira, dentro del armario es de día y en nuestra habitación es de noche —dijo Guillermo.

—Es un armario sueco, y en Suecia ahora es de día —contestó Julia—. Fíjate, allí hay un hombre dormido. Seguro que ha leído el Cuento Que Hace Dormir.

Y, entusiasmados, se dirigieron hacia él para preguntarle por el cuento. Al llegar junto a él el hombre empezó a despertarse.

—Discúlpeme, señor —dijo educadamente Julia—, ¿podría decirnos si ha leído el Cuento Que Hace Dormir?

—¿El Cuento Que Hace Dormir? —preguntó el hombre, rascándose la cabeza—. No, qué va. Soy pastor, y estaba contando mis ovejas cuando me he quedado dormido. Siempre me pasa igual, nunca termino de contar el rebaño y no sé cuántas ovejas tengo.

Los niños se llevaron una gran desilusión. ¿Qué habría pasado con el Cuento Que Hace Dormir?

—Si queréis encontrar el Cuento Que Hace Dormir lo mejor que podéis hacer es preguntarle al sabio de aquel castillo; él se sabe todos los cuentos del mundo. Os acompañaría, pero tengo que contar mis ovejas.

Y se puso a contarlas, pero antes de llegar a diez había vuelto a dormirse.

—Qué suerte —dijo Guillermo—. Si nosotros pudiéramos tener todas estas ovejas en nuestra habitación no tendríamos problemas para dormirnos.

—¿Y dónde las guardaríamos?

—Donde están tus muñecas. Podríamos cambiarle al pastor las ovejas por tus muñecas. Él guardaría las muñecas y podría contarlas sin dormirse. Y nosotros tendríamos toda la lana que quisiéramos.

Pero a Julia no le hacía ninguna gracia desprenderse de sus muñecas, y ni siquiera contestó al plan de Guillermo. Estaba mirando el castillo, que se veía pequeño, a lo lejos.

—Vamos al castillo a preguntarle al sabio por nuestro cuento, Guillermo.

Y se pusieron en marcha. Estuvieron andando durante casi cinco minutos antes de llegar al castillo: no es que el castillo estuviera lejos, sino que era muy pequeño. Como eran unos niños muy bien educados, en lugar de pasar sin más llamaron al timbre. Al poco salió a abrirles un anciano que era tan bajito como ellos, encorvado y con una larga barba. Estaba claro que era el sabio del que les había hablado el pastor, pero Julia quiso asegurarse porque sabía que las apariencias engañan y que a lo mejor el anciano sabio no era anciano ni sabio, sino un pato disfrazado de anciano, así que preguntó:

—¿Eres tú el hombre más sabio del mundo?

—Sí —dijo el anciano, que era sabio, pero no muy modesto.

—¿Te sabes el Cuento Que Hace Dormir?

—¿El Cuento Que Hace Dormir? —preguntó extrañado el anciano sabio— Oh, ya sé a qué cuento te refieres. Hablas del Cuento Olvidado. Un cuento mágico precioso, precioso. Lástima que se me haya olvidado, podría contároslo. Pero por eso se llama Cuento Olvidado, porque todos los que lo saben se olvidan de él.

Los niños se pusieron tristes. ¿Es que nunca iban a poder escuchar el cuento? Si era verdad lo que el sabio decía, todo el mundo había olvidado el cuento. Pero el anciano sonrió y les dijo:

—Para evitar que la gente se olvide de las cosas están los libros. Lo que tenéis que hacer es encontrar el libro con el Cuento Olvidado, y yo sé dónde podéis hacerlo.

Les contó que cerca de allí estaba la biblioteca más grande del mundo. Estaban todos los libros: los que se habían escrito en el pasado y los que se escribirían en el futuro. Lo único que tenían que hacer era entrar en la biblioteca y pedir el libro, y así podrían leerlo.

Los niños dieron las gracias al anciano y se pusieron de nuevo en marcha hacia la biblioteca. Por el camino iban hablando de cómo sería el cuento. Guillermo pensaba que tenía dragones, caballeros, y tartas de chocolate (lo que más le gustaba en el mundo), y Julia creía que el cuento hablaba de circos, títeres, princesas y robots hechos de barro y burbujas. Por fin llegaron al acuerdo de que el cuento seguramente tenía las cosas que les gustaba a los dos, así que hablaría de dragones de burbujas, tartas de barro, y robots de chocolate.

Llegaron a la biblioteca, que era enorme. Era tan enorme que sólo para leer los títulos de todos los libros que había se necesitaban ciento cuarenta y tres años o noventa y cuatro. No sabían por dónde empezar a buscar, así que pidieron ayuda a la bibliotecaria, que los llevó a una estantería. Allí estaba: el Cuento Olvidado, se leía en el lomo. Guillermo lo alzó y lo abrieron, pero en vez de páginas había un enorme agujero.

—Vaya —dijo la bibliotecaria—, se lo han comido los ratones.

Guillermo estaba a punto de ponerse a llorar de pena, pero Julia y la bibliotecaria le consolaron.

—No te preocupes —dijo la bibliotecaria—, llamaremos al ratón que se lo ha comido. ¡Fritz! ¡Fritz!

Al poco tiempo llegó un ratón gordo de bigotes negros. Era el ratón más listo del mundo, porque sólo se alimentaba de libros. Estaba tan gordo, y tenía unas gafas tan gruesas, que Guillermo pensó que en realidad era un topo; o un ratón que quería ser un topo.

—Fritz, ¿te has comido tú este libro? Estos niños querían leer el cuento para dormirse y ahora no pueden hacerlo porque sus páginas están en tu tripa. Eres un glotón.

El ratón Fritz se disculpó con los niños y empezó a explicar que tenía mucha hambre siempre y no podía evitar comerse los libros, que estaban más ricos que el pan

duro que le daba de comer su madre. Pero Guillermo bostezó y el ratón Fritz pensó que le estaba aburriendo.

—Me gustaría contaros el cuento, pero no pude leerlo del hambre que tenía. Le eché ketchup y me lo comí de una sentada —explicó frotándose la barriga con aire soñador, porque el cuento le había gustado mucho—. Estaba muy bien escrito, con una tinta deliciosa y papel de la mejor calidad. Sí, muy bien escrito. Esperad, se me ha ocurrido una idea. ¿Por qué no vais a visitar al escritor del cuento? Aunque se llame El Cuento Olvidado seguro que él no se ha olvidado de lo que escribió.

—¡Qué buena idea! —contestó Julia, que bostezó igual que había hecho antes su hermano— Pero no sabemos dónde vive.

—Yo os daré la dirección —dijo Fritz, y dibujó en un papel un gran mapa con muchos caminos que se cruzaban y toda clase de detalles innecesarios, porque le gustaba mucho dibujar mapas complicados, casi tanto como comérselos. Le dio a Julia el mapa y les deseó buena suerte—. Y decidle al escritor que me gustó mucho su cuento.

Los niños se pusieron de nuevo en marcha. Esta vez, podrían escuchar el Cuento Olvidado y se dormirían. Siguieron el mapa cuidadosamente. Era tan exacto que incluso ellos estaban dibujados en el mapa. Caminaron durante un largo rato hasta que llegaron al lugar señalado con una equis.

—Debemos habernos equivocado —dijo Julia, mirando el mapa y la pequeña puerta que había delante de ellos—. Esta es la puerta por la que hemos salido.

Pero estaba todo claro, habían seguido las instrucciones al pie de la letra. Seguramente el ratón Fritz se había equivocado y les había dibujado el camino hacia casa y no hacia la casa del escritor. Los niños no sabían qué más podían hacer para encontrar el Cuento Olvidado, así que volvieron a pasar por la puerta, dejaron el jersey del armario donde estaba antes y entraron en su habitación. Estaban subiendo a sus literas cuando se encendió la luz y entró su padre en el cuarto.

—¿Qué hacéis todavía despiertos? ¿Es que no sabéis qué hora es?

Los niños corrieron a abrazarle y le explicaron que no podían dormir, que habían intentado encontrar el Cuento Olvidado y no lo habían conseguido y que habían conocido a todo tipo de gente extraña.

—¿Puedes contarnos tú el Cuento Que Hace Dormir, papá? —preguntó Guillermo.

—Sí, ¿puedes contarnos el Cuento Olvidado, papá? —preguntó Julia.

—Está bien, os lo contaré, pero acostaos primero.

Los niños se acostaron en sus camas y su padre les arropó. Luego fue a buscar un libro y volvió a la habitación para leerlo. En realidad no necesitaba tener el libro delante, porque se lo sabía de memoria: lo había escrito él hacía mucho tiempo. Tosió para aclararse la garganta y empezó a leer:

“—No puedo dormirme —dijo Guillermo en voz alta, y dio golpes en la cama hasta que su hermana mayor se despertó—. No puedo dormirme.

—Muchas gracias, ahora yo tampoco —protestó Julia—. Ya estaba casi dormida.“

Pero Guillermo y Julia ya no le oían, porque estaban tan cansados de buscar el cuento durante tanto tiempo que se habían quedado dormidos.

FIN.